

ZUMALACARREGUI

Por Antonio Valverde

HE de confesar que la idea de hacer el retrato de Zumalacarregui me asustaba al mismo tiempo que me ilusionaba. La romántica figura del héroe de la primera guerra carlista requiere un estudio previo de mucho tiempo, más que el que yo dispuse, para lograr una definitiva versión de su retrato.

Antes de comenzar el trabajo, leí varios libros sobre el ya legendario guerrero. El que más datos me suministró fue el libro del inglés Henningsen, el capitán de lanceros que vivió y luchó junto a Zumalacarregui y que, además, nos dejó un dibujo de perfil, tomado directamente del natural. En este dibujo se han basado después los retratistas de Zumalacarregui. Creo que todos los retratos que he visto de él son tomados de perfil.

Una cuestión que hubo de resolver rápidamente fue la del color de la boina. Unos me aseguraban ser blanca, otros, roja, y alguno me aseguró que era azul. Henningsen me sacó de dudas al leer en su libro que Zumalacarregui solía llevarla de «vivo color rojo escarlata. Y borla plateada».

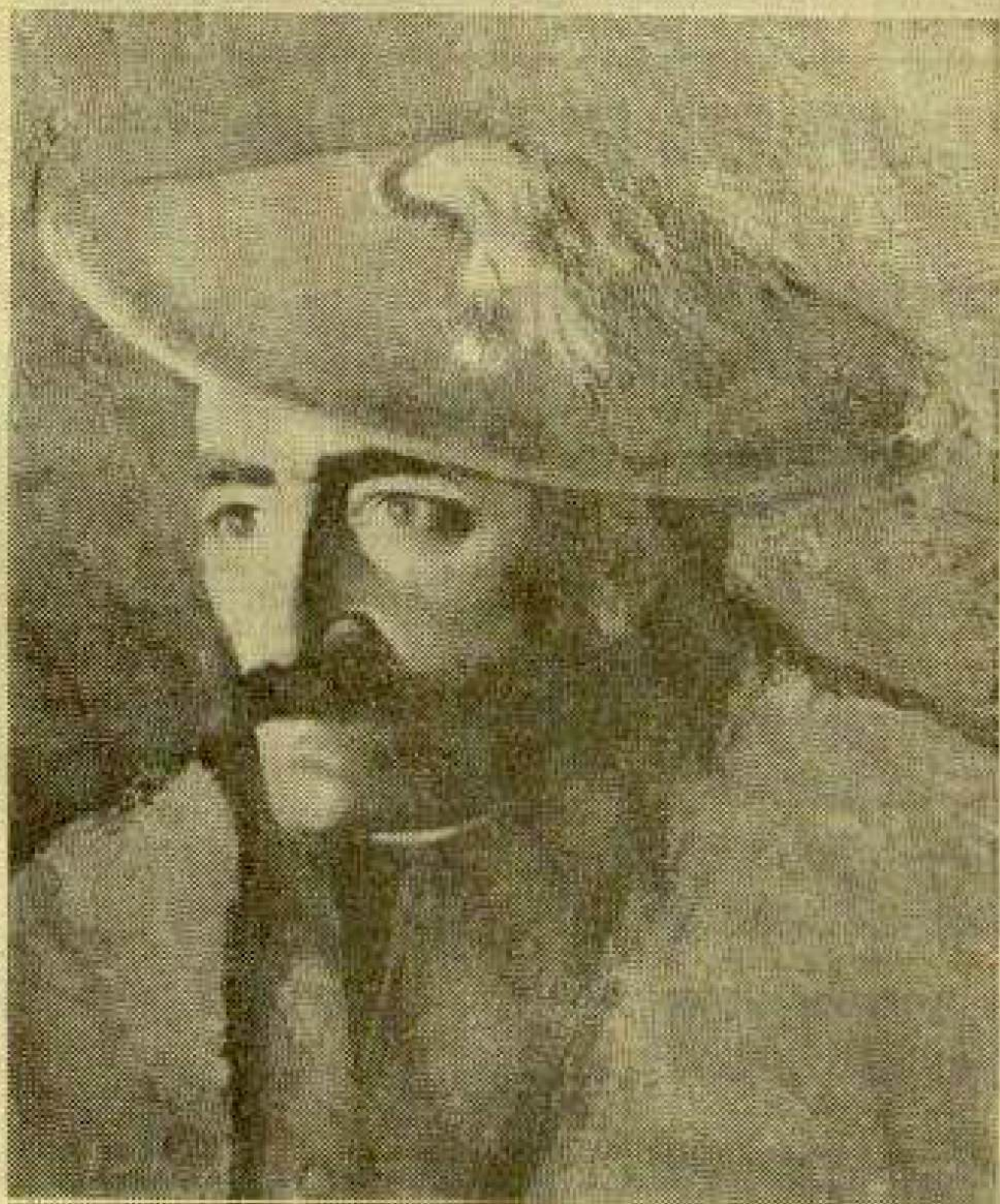
Este retrato tuvo en principio pintado un sable que después lo borré. Es curioso, porque para pintarlo tengo en casa dos sables que me sirvieron de modelo. Uno de mi abuelo, que fue capitán liberal de voluntarios, y en cuya empuñadura se lee la inscripción «Patria y libertad». El otro fue del general Prim. Según un tío mío, que me lo legó, este sable fue vendido por la viuda de Prim en una tienda de antigüedades de Madrid, propiedad de una familia de la que procedía la esposa de mi tío. Cuento todo esto por la paradoja que supone pintar a Zumalacarregui con la espada de un liberal.

Don José de Arceche me dejó un catalejo enorme. Yo le entendí que era exacto al que usó el general carlista, pero fue un mal entendido. Cuando Arceche y José María Iribarren vinieron un día a ver el cuadro, se quedaron asustados del tamaño del catalejo, grande como un trabuco. Según Arceche, el aparato es como el de Zumalacarregui en cuanto a forma y detalles, pero no en cuanto a tamaño.

«Déjalo como está —me recomendó Iribarren—, le hace bien», pero yo le reduje después todo lo que pude, sin que tuviera que reformar demasiado el cuadro.

Iribarren me preguntó: «¿Qué dicen los que ven este cuadro?» Pues unos comentan: «¡Cualquiera se pone delante de ese tío!» En general a todos les impone respeto la figura. Alguien me preguntó: «¿Quién era Zumalacarregui?» Y otro, al verle con boina roja: «¡Hombre! ¿Era carlista?» (El olvido del héroe.)

La zamarra la pinté en principio con pelo auténtico de cordero. Sabía por Henningsen que don To-



Retrato de Zumalacarregui, por Antonio Valverde, en una de sus fases

más usaba un zamarra de piel de cordero negro merino. Ante la imposibilidad de encontrar tal pieza, se me ocurrió pintarla mezclando a los colores el pelo que recortaba a unas pieles de cordero blanco que tengo en mi casa en el suelo. Reconozco, sin la menor modestia, que en tonos claros llegué a conseguir un efecto que me impresionaba a mí mismo, pero como la piel tenía que ser negra, las operaciones posteriores de ennegrecimiento fueron fatídicas. Hube de raspar toda la zamarra, y conformarme con pintar otra más modesta, menos auténtica y de vulgar paño. Bajo esta nueva zamarra desapareció el sable de Prim.

La verdad es que estos cuadros no se acaban nunca. Podría empezar otro retrato con la experiencia ya adquirida. Pero los calendarios, dictadores del tiempo, no esperan.

En cuanto al modelo, debo decir que el tipo de Zumalacarregui no abunda mucho en nuestro país. Antes ya se encontraba algún miquelete que otro con aire de Zumalacarregui, pero ahora ya...

Emeterio Leceta, de profesión chófer, ya retirado, hombre de gran prestancia, fue mi primer modelo. Lo malo es que tiene muchos años y no hay que olvidar que nuestro héroe murió a los 46 ó 47. Pinté, pues, el rostro casi de memoria, con sólo una base esquemática de Emeterio. Es la versión que aparece en la fotografía que aquí se publica.

Un día estuvo Chillida en mi casa. Cuando vio este retrato, se interesó, pues dijo ser el descendiente de la familia de Zumalacarregui. Yo le observaba de perfil y me decía: ¡Toma, como que eres igual! Eduardo Chillida, de perfil, recuerda mucho al dibujo de Henningsen.

Aceptó posar y le pinté una cabeza aparte. Algunos de sus rasgos los llevé después al cuadro.

El paisaje del fondo ha sufrido también algunas variaciones. Durante algún tiempo tuvo pintadas las peñas de Arkale. Al final más tenebrosamente, figura un fragmento de la Peña de Aya.